

LA AUTORIDAD DE LA BIBLIA

Hugo McCord



Nuestro estudio está casi completo. Hasta este momento, hemos hecho énfasis en la inspiración de la Biblia, pero el hecho de la inspiración sustenta la autoridad del Libro. Esta última lección, por lo tanto, subrayará esta autoridad.

«QUE PEDIQUES LA PALABRA»

No hay encargo más solemne que el que hizo Pablo, desde el pabellón de los condenados a muerte, de la Prisión Mamertine de Roma. Este encargo era para Timoteo, su amado hijo en el evangelio, que estaba al otro lado del mar, en Éfeso. El apóstol tenía sesenta y siete años de edad, cinco años más que cuando se refirió a sí mismo como «Pablo ya anciano» (Filemón 9). Grabadas en el cuerpo de este anciano estaban las marcas de Jesús (Gálatas 6.17). Estas marcas incluían sin duda las cicatrices que le quedaron de la apedreada que sufrió en Listra, ciudad natal de Timoteo, de lo cual el joven evangelista estaba al tanto (Hechos 14.19; 2ª Timoteo 3.11).

Había más de una razón por la que el apóstol deseaba una visita de Timoteo. Ya no había posibilidad de apelar la sentencia de muerte.¹ La ejecución estaba programada para la primavera, y Pablo tenía ante sí su último invierno, que había de pasar en una fría y húmeda celda. Los prisioneros dependían de la ayuda que les pudieran dar sus amigos (2ª Timoteo 1.16–17), y Pablo iba a tener necesidad de un capote (del griego *failones*) que había dejado en Troas con Carpo (2ª Timoteo 4.13). Por lo tanto, exhortó a Timoteo diciéndole que «[procurara] venir antes del invierno» (2ª Timoteo 4.21).

No obstante, el propósito principal para el que deseaba que Timoteo viniera, era grabar algo más profundamente en el corazón del joven. En vista de que el apóstol no podía tener seguridad de que vería cara a cara a su protegido de confianza, decidió poner en una carta lo que deseaba grabar

en el alma del evangelista: *Que prediques la Palabra.*

El que Pablo simplemente escribiera: «que prediques la palabra» (2ª Timoteo 4.2) sería por sí solo bastante serio. El hecho de provenir de un prisionero condenado, que anhelaba profundamente la salvación de las almas, y el hecho de ser dirigidas a un joven ministro de quien dependían tantas cosas, añadirían seriedad adicional a las cuatro palabras. Pablo hizo el encargo aún más serio al decirle a Timoteo que lo hacía «delante de Dios» (1ª Timoteo 6.13). Después añadió que Cristo, en resplandor (del griego *epifaneía*), llevará a cabo el último deber real de Su reino, al juzgar a los vivos y a los muertos. No hay duda de que ya Pablo había dicho todo lo que podía para captar la atención del predicador efesio y poder manifestar el imperativo diciéndole: «que prediques la palabra».

SIGNIFICADO DE «LA PALABRA»

Cuando el encargo (del griego *keruxon ton logon*, que significa: «anuncia la información, proclama el mensaje, predica la palabra») fue entregado en Éfeso y leído por Timoteo, ¿qué idea entró en la mente de éste? ¿En qué pensó Timoteo cuando leyó las palabras *keruxon ton logon*? ¿Qué «palabra» era —y es— la que se ha de predicar tan urgentemente?

¿La palabra de creación y preservación?

Fue poderosa la palabra que hizo que llegara a existir el universo: «Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía» (Hebreos 11.3). Fue la palabra creadora de Dios la que formó del agua la tierra y la que creó los cielos (2ª Pedro 3.5). «Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca [...] él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió» (Salmos 33.6–9).

La fuerza residente en lo hablado por Dios al efectuar el comienzo de la creación, se observa

todavía en el hecho de que sustenta y mantiene todas las cosas «con la palabra de su poder» (Hebreos 1.3). Es por «la misma palabra» (2ª Pedro 3.7) que están reservados los cielos y la tierra para el fuego en el Día del Juicio. Aunque Su palabra de creación y preservación es poderosa, no hay indicio de que este fuera el aspecto de la Palabra de Dios al cual se estaba refiriendo Pablo en el encargo que le hizo a Timoteo.

¿La palabra dada a los patriarcas?

La palabra de Dios había venido a Adán, a Caín, a Noé, a Abraham y a muchos otros patriarcas (Génesis 2.16; 4.12; 6.14; 12.1). Timoteo estaba consciente de esto (2ª Timoteo 3.15), pero no hay indicios de que Pablo tuviera en mente expresiones veterotestamentarias cuando le escribió a Timoteo que predicara la Palabra.

¿La palabra dada a Israel?

La palabra de Dios se oyó con gran estruendo y causó espanto cuando Él habló desde lo alto del monte Sinaí que temblaba, a las multitudes de israelitas que estaban abajo en el valle (Éxodo 20.1–19). Más adelante, Dios escribió con Su dedo, sobre dos tablas de piedra, lo que había proclamado oralmente (Éxodo 31.18; 34.28–29). Además, dictó un libro con otras leyes a Moisés (Éxodo 24.4; Hebreos 9.19). Tanto las tablas de piedra como el libro, contenían la palabra del Señor (Éxodo 35.1). Lo que Moisés trajo de la cima del monte, había de ser el patrón hebreo de autoridad, consagrado con sangre. No se le había de añadir ni de quitar (Deuteronomio 4.2). El que despreciara la ley de Moisés, la palabra del Señor, había de morir (Hebreos 10.28). Quienquiera que pretendiera hablar algo diferente de lo que estaba escrito en la ley, la palabra de Dios por medio de Moisés, estaría hablando sin la verdad de Dios. No obstante, por importante que era la palabra del Señor en la ley, no hay indicio de que esta fuera la palabra que Pablo tenía en mente cuando le hizo su encargo a Timoteo.

¿La palabra como persona?

Del mismo modo, el encargo de Pablo no parece tener el significado especial del Verbo, del *Logos*, de Juan 1.1: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios». El Verbo o la Palabra de Juan 1.1 era nada menos que Jesucristo, quien «fue hecho carne, y habitó entre nosotros» (Juan 1.14). Si bien es cierto que Timoteo había de predicar a Cristo (vea Hechos 8.5), la «palabra» de 2ª Timoteo 4.2 parece ser la información o el mensaje

acerca de Cristo que Timoteo había de proclamar. Había de predicar la palabra acerca de «el Verbo», es decir, acerca de Jesús.

LA PALABRA ACERCA DE «EL VERBO»

La palabra del reino

Como discípulos de Cristo que eran, tanto Pablo como Timoteo predicarían lo que Jesús predicó. Marcos 2.2 dice que Jesús predicaba «la palabra». El mensaje de Jesús consistía en «la palabra del reino» (Mateo 13.19). Jesús estaba familiarizado con la profecía de Daniel en el sentido de que Dios establecería un reino indestructible (Daniel 2.44); Él había dejado el cielo para establecer ese reino. «Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo» (Juan 18.37). «El tiempo se ha cumplido», anunció Él, «y el reino de Dios se ha acercado» (Marcos 1.15). Por consiguiente, viajó por diferentes regiones de Palestina durante tres años «enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino» (Mateo 4.23). Tan inminente era la instauración del reino en el año 29 d. C., que Jesús profetizó: «hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que hayan visto el reino de Dios venido con poder» (Marcos 9.1).

De hecho, en un sentido preparatorio, durante los tres años del ministerio personal de Jesús (desde el 27 al 30 d. C.) los que eran sumergidos según la enseñanza de Jesús y de Juan (Mateo 3.1–6; Juan 4.1–2), estaban entrando en el reino (vea Lucas 16.16). Estaban naciendo de nuevo del agua y del Espíritu (Juan 3.5) preparándose para el Señor (Lucas 1.17). En un sentido real, no obstante, el reino no fue realmente establecido, sino hasta que Jesús recibió toda potestad en los cielos y en la tierra, y ascendió a los cielos para sentarse en el trono (Mateo 28.18; Hechos 2.29–30).

El reino que predicaba Jesús era especial. No sería un reino de este mundo, sino de los cielos (Juan 18.36; Mateo 4.17): «el reino de los cielos se ha acercado». Su poder no consistía en armas de hierro, sino en la fuerza del amor (Mateo 5.44). Su actitud no era de orgullo, sino de humildad (Mateo 5.5). Su propósito no era acaparar, sino dar (Mateo 10.8). No era visible, ni tangible, sino que había de residir en los corazones de los hombres (vea Lucas 17.21; Juan 18.36). Sus principios consistían en la misericordia, la paz y la justicia (Mateo 5.3–9). Verdaderamente, había de ser un anticipo del reino celestial de la vida después de la muerte.

El primer día de Pentecostés después que Jesús ascendió, es el que se señala como el momento propiamente dicho cuando el reino llegó a existir.

Ese día, el recién coronado Rey, que ahora estaba en los cielos, fue ungido por Su Padre con «óleo de alegría» (Hebreos 1.9). Después de Su coronación, Su primer acto real fue enviar el Espíritu Santo para investir a Sus embajadores, Sus apóstoles, con la autoridad del Rey (Hechos 2.33; 2ª Corintios 5.20). Esos embajadores fueron después a los confines de la tierra, a proclamar que, además de los reyes terrenales que reinaban en Roma, había «otro rey, Jesús» (Hechos 17.7). Cada vez que la palabra acerca del Cristo exaltado era recibida con alegría por pecadores (Hechos 2.41), estos eran sumergidos. Miles que «la palabra» hacía nacer (Santiago 1.18; vea 1ª Pedro 1.23–24), eran llevados a estanques de agua para que terminaran de nacer de nuevo del agua y del Espíritu (Juan 3.5).

Cada vez que se predicaba «la palabra», era a Cristo a quien se predicaba (Hechos 8.5), palabra que era «el evangelio del reino» (Hechos 8.12). En el momento de la inmersión, los pecadores eran trasladados del reino de las tinieblas al reino del amado Hijo de Dios (Colosenses 1.13). El servir fielmente en el reino sobre la tierra, les garantizaría a sus ciudadanos que, después de muchas tribulaciones, ellos «[entrarían] en el reino de Dios» en un mundo mejor (Hechos 14.22). Así, parece que «la palabra del reino» (Mateo 13.19) tal como la proclamó Jesús, era «la palabra» que Pablo tenía en mente cuando le hizo el encargo a Timoteo. Todo lo que se relacionara con ese reino había de ser incluido en las prédicas de Timoteo.

Los libros del Nuevo Testamento

El Espíritu Santo que envió el Rey, guió a los apóstoles, tales como Mateo, Juan y Pedro, a toda la verdad (Juan 16.13). El Espíritu también inspiró a los profetas, tales como Marcos, Lucas, Santiago y Judas (Hechos 13.1–2), y guió a Pablo en las palabras mismas que este habló (1ª Corintios 2.13) y escribió (1ª Corintios 14.37) en por lo menos doce libros. Si todo esto ya se había llevado a cabo (con la excepción de los escritos de Juan), para el tiempo cuando Timoteo recibió el encargo de Pablo, entonces ya había una abundancia de información que componía una «palabra» escrita, de la cual el joven podía predicar. Prácticamente hablando, fue aproximadamente a partir del 96 d. C., que la «palabra» estuvo disponible en la forma del Nuevo Testamento, del cual los ministros del evangelio pueden extraer material para la predicación.

Es una buena actitud la que se observa en el varón de Dios que teme añadir o quitar del libro de Apocalipsis (Apocalipsis 22.18–19) o de cualquiera del resto de los veintisiete libros. Ha resuelto no

sobrepasar la doctrina de Cristo (2ª Juan 9–11). El que entienda que la expresión «la doctrina de Cristo» se refiere a la enseñanza acerca de la deidad de Cristo, está todavía restringido a la enseñanza que hay en aquellos libros. Esto es así porque la deidad de Cristo incluía Su autoridad (Mateo 28.18; 1ª Pedro 3.22), y Él delegó Su autoridad para atar y desatar en Sus apóstoles (Mateo 16.19), los cuales escribieron o, en su defecto, aprobaron, cada uno de los libros del Nuevo Testamento. La autoridad que se les dio para atar y desatar está en cada uno de ellos, y fuera de ellos no hay autoridad. El desechar la doctrina de los apóstoles (Hechos 2.42) equivale a desechar a Cristo (Lucas 10.16; vea 1ª Juan 4.6). La palabra de ellos llegó a ser la palabra de Cristo, y la palabra de Éste es la que juzgará (Juan 12.48).²

En consecuencia, los libros que habrán de ser usados para juzgar nuestras almas el Día del Juicio son los libros de la Biblia (vea Apocalipsis 20.12). Del contenido de ellos se tomará para juzgar a los muertos según sus obras. Los cielos y la tierra pasarán, pero los libros de la Biblia son indestructibles (Mateo 24.35). La «palabra de su gracia» (Hechos 20.32) incluye hoy día no menos ni más de veintisiete documentos divinamente inspirados para hacer y edificar ciudadanos del reino, y para darles herencia a estos con todos los santificados (Hechos 20.32).

TEMAS INCLUIDOS EN LA PREDICACIÓN DE LA PALABRA

En vista de que todos los veintisiete libros cumplen con el requisito de ser palabra «inspirada por Dios» (2ª Timoteo 3.16), todo tema analizado en ellos es útil para enseñar, para redargüir, para corregir y para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra. Dichoso el ministro que, al final de su ministerio, pueda decir con buena conciencia que nada que fuera útil rehuyó de anunciar. El predicador fiel declara todo el consejo de Dios, y así llega a estar limpio de la sangre de todos (Hechos 20.20–27).

La inspiración de la Biblia

Tal como se ha subrayado en todo este estudio, uno de los temas que se incluyen en la Biblia y que se necesita recalcar urgentemente hoy día al predicar la Palabra, es el tema de la inspiración divina de la Biblia. Si la inspiración de esta no se encontrara en un nivel superior al de las obras de William Shakespeare, o al de la prosa de John Milton, o al de la poesía de Alfred Tennyson,

entonces la Biblia sería un libro totalmente humano, y no podría ser predicado como palabra que tiene autoridad. En vista de que «el hombre no es señor de su camino» (Jeremías 10.23), una Biblia cuyo origen se encontrara dentro del hombre mismo, dejaría a la humanidad totalmente desvalida. La Biblia es lámpara a los pies de uno y lumbrera al camino de uno (Salmos 119.105). Si esta fuera una lumbrera totalmente humana, uno tendría que renunciar a la confianza en los sesenta y seis libros del Antiguo y del Nuevo Testamento como guía fidedigna.

Aunque fueron cerca de cuarenta autores humanos los que ayudaron para hacer realidad la existencia de los libros, tales autores fueron supervisados en su obra, asistidos en el proceso, por el Espíritu Santo (2ª Pedro 1.21). Algunos han interpretado erróneamente la forma como la King James traduce 2ª Pedro 1.20 («... ninguna profecía de la Escritura es asunto de la propia interpretación de uno») para dar a entender que uno no ha de expresar su propia interpretación de un pasaje. Al enseñar esto, hacen exactamente lo que dicen que no se debe hacer. Precisamente, todo maestro hace su propia interpretación de cualquier pasaje que comenta —y es lo que se espera que haga.

Esdras y los maestros que le asistían, leyeron la Biblia a hombres y a mujeres y a «todos los que podían entender» (Nehemías 8.2); «leían en el libro de la ley de Dios claramente, y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura» (Nehemías 8.8). Los maestros no pueden sustraerse de la interpretación. Lo que les debe preocupar es hacer una correcta interpretación, para no torcer las Escrituras para destrucción de ellos y de los demás (2ª Pedro 3.16). Son muchos los que, por causa de alguna facción, «[adulteran] la palabra de Dios» (2ª Corintios 4.2). «Pues no somos como muchos», dijo Pablo «que medran falsificando la palabra de Dios» (2ª Corintios 2.17). Los católicos romanos también usan mal 2ª Pedro 1.20, al decir que este versículo «revela claramente que las escrituras no deben ser expuestas por el juicio privado de nadie».³ Con este mandato, solo la interpretación oficial de la Iglesia Católica Romana es permitida.

¿Qué es lo que en realidad estaba diciendo Pedro? Él no estaba hablando acerca de escudriñar los significados de pasajes de las Escrituras, sino acerca de cómo llegaron a realizarse las Escrituras. Estaba diciendo que estas no se originaron en el propio pensamiento del autor (en su liberación [del griego *epilusis*] personal de información). Jamás llegó a realizarse Escritura alguna a partir de la propia voluntad del autor; más bien, los hombres

fueron guiados por el Espíritu Santo para llevar a cabo el proceso de escritura. La idea de Pedro era, por lo tanto, de la inspiración divina de las Escrituras, en oposición a cualquier fuente humana. Pedro puso la Biblia en una categoría por sí sola. No es simplemente un libro; es el Libro de libros. Es solamente cuando la Biblia se entiende así que puede ella ocupar su legítimo lugar, y ejercer su fuerza en los corazones de los hombres.

Otro pasaje trascendental es la declaración de Pablo en el sentido de que «todo escrito [sin excepción]» de las Sagradas Escrituras es inspirado por Dios (del griego *teopneustos*). Los escritos humanos son inspirados por el hombre (del griego *antropo-pneustos*). En realidad, la traducción en el sentido de que las Escrituras son «inspiradas», deja algo que desear. La palabra «inspirar» proviene del latín, y significa «soplar en». No fue que Dios sopló en un montón de libros muertos, sino que los libros llegaron a existir por el soplo de Dios: son sopladados por Dios. A modo de contraste, a un cuerpo de arcilla muerta Dios le sopló aliento de vida en su nariz, y como resultado de esto, Adán comenzó a vivir, pero no fue de esta manera como la Biblia llegó a tener vida. No hubo un cuerpo de libros muertos en los cuales Dios soplara, dándoles vida y poder. Más bien fue que el soplo de Dios, Su Santo Espíritu, hizo que los libros llegaran a existir y les dio vida y poder cuando se les dio que llegaran a ser. El decir, por lo tanto, que la Biblia es «inspirada» no constituye una traducción completamente acertada del *teopneustos* de 2ª Timoteo 3.16.

En un nivel más elevado, la inspiración bíblica (para usar esa palabra insuficiente) es el soplo de Dios. Es un santo servicio el que los predicadores del evangelio les rinden a sus oyentes al inculcar en los corazones de ellos la idea de un libro cuyo autor es Dios. «El Espíritu de Jehová ha hablado por mí», dijo un autor bíblico (2º Samuel 23.2), y añadió: «y su palabra ha estado en mi lengua».

Un Dios personal

Otro de los grandes temas que todo ministro de la Palabra, tiene el privilegio de comentar es la doctrina de un Dios personal. No solamente existe una poderosa fuerza creadora que explica la existencia del universo, sino que esa fuerza reside en una Persona. «El que hizo el oído, ¿no oírás? El que formó el ojo, ¿no verás?» (Salmos 94.9). El que creó la personalidad humana no puede ser menos que una persona divina; alguien que piensa (Isaías 55.8), que conoce (Éxodo 3.7), que recuerda (Éxodo 6.5), que ama (Juan 3.16), que puede

enojarse (Salmos 103.8). Aunque posee las anteriores características humanas, Él no tiene carne ni huesos (Lucas 24.39); sino que es espíritu (Juan 4.24) y no está sujeto a muerte (1^{era} Timoteo 1.17; 6.16). El que ama la vida y no desea llegar a estar extinto en un cementerio, se goza de que su Creador (Eclesiastés 12.1) es poderoso para ser su Salvador eterno (1^{era} Timoteo 1.1). El mortal agradecido debe cantar desde las profundidades de su alma: «Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir» (Apocalipsis 4.8). El que predica la Palabra tiene bastante material para hacer que los oyentes conozcan a su Padre celestial, y para hacer que deseen vivir con Éste para toda la eternidad.

El Hijo de Dios

Uno de los principales temas que desarrollan los que ejecutan el mandamiento que Pablo dio a Timoteo es el permitir que los hombres vean a Aquel que es el más hermoso de los hijos de los hombres, Aquel en cuyos labios se derramó la gracia (Salmos 45.2). Se trata de la persona en quien el Padre tiene complacencia (Mateo 3.17). Las pruebas de la deidad de Jesús surgen primero del cumplimiento que hace Él de las profecías veterotestamentarias (Hechos 17.2–3), que fueron escritas cientos de años antes de Su nacimiento.⁴ Sus incomparables sermones asombraron a los oyentes hace dos mil años (Mateo 13.54), y aun no han aparecido sermones que se equiparen a aquellos. Su desinterés; Su renuncia de sí mismo; Su bondadoso corazón; Su consideración por las mujeres, por los niños, por los pecadores, por los marginados —todas las anteriores y más cualidades Suyas deberían hacer que uno reconozca cuán «precioso» es Jesús (1^{era} Pedro 2.6–7). Entre más se predique al humilde nazareno, más personas dirán: «¡Qué amigo nos es Cristo!».

El plan de salvación

Por más firmemente que ponga los pilares fundamentales de la inspiración bíblica, del teísmo y de la deidad de Jesús, un predicador desperdicia su tiempo si no manifiesta también el plan de salvación del evangelio. De nada servirá que uno tenga conocimiento de una Biblia inspirada por el Espíritu, de un Dios personal y del Dios-hombre, Jesús, a menos que tenga conocimiento también de qué hacer para ser salvo de sus pecados. Jesús vino al mundo a salvar (Lucas 19.10; 1^{era} Timoteo 1.15), pero Él no salva incondicionalmente (Lucas 6.46). En vista de que la mayoría de las personas se perderán (Mateo 7.13–14), el predicador que tiene

amor por las almas estará alerta siempre para mostrarles a los pecadores qué deben hacer para ser salvos.

Hay quienes censuran como legalismo el bosquejar un plan de salvación de cinco pasos, pero los que así hacen no están ayudando a salvar almas. Si bien es cierto que hay personas que hacen la confesión con sus labios solamente, y que hay otros que, al ser sumergidos, son mojados solamente, también sigue siendo cierto que Dios exige cinco pasos humanos de obediencia, para lograr ser recibidos por Él. Los que dicen que Jesús es el único plan de salvación, están haciendo un mal uso de la frase. Es cierto que Jesús es el camino, y que por esto fue el principal actor en el plan de Dios (Juan 14.6); pero Jesús por sí solo no salva a nadie. El plan señala explícitamente que la vida es para los que creen y la ira para los desobedientes (Juan 3.36). Él salvará solamente a los que obedecen (Hebreos 5.9), y la obediencia es un proceso que se lleva a cabo paso a paso.

El primer paso consiste en una disposición a oír la Palabra predicada, pues hay personas que oyen pesadamente con los oídos (Mateo 13.15) y por esto jamás serán salvos. «El que tiene oídos para oír, oiga» (Mateo 13.9). Ni siquiera el poder de Jesús salvará a los que se tapan los oídos (Hechos 7.57).

El segundo paso consiste en una confianza de corazón en el mensaje acerca de Jesús, en una creencia sincera en que Él es «Dios con nosotros», Emanuel, un Amigo que se mantendrá más cerca que un hermano (Hechos 16.31; Juan 20.30–31). La «fe sola» jamás ha salvado a nadie, sea cristiano (Santiago 2.24) o no cristiano (Juan 12.42). El paso número dos es esencial (Juan 8.24), pero por sí solo es peor que la incredulidad.

El tercer paso consiste en un reconocimiento con la boca de lo que está en el corazón: «Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios» (Hechos 8.37; vea 1^{era} Juan 4.15; Mateo 16.16). Jesús ha prometido que, cuando un pecador hace la «buena profesión» (1^{era} Timoteo 6.13), Él confesará el nombre del pecador al Padre (Mateo 10.32). A los que son verdaderos creyentes no les avergüenza (Marcos 8.38) ni temen (Juan 12.42) el confesar con la boca al Señor Jesús (Romanos 10.9–10).

El cuarto paso consiste en un cambio de mentalidad, en una acción que por lo general se le conoce como arrepentimiento. Es un cambio de rumbo en la forma de pensar, que es efectuado por la nueva fe en Jesús. El que tal hace renuncia a todas las cosas y personas en las cuales confiaba anteriormente (sea el dinero, los ídolos o Mahoma),

y decide hacer de Jesús el Señor de su vida. El arrepentimiento es precedido de tristeza según Dios (2ª Corintios 7.10); es un cambio de mentalidad (del griego *metanoia*), seguido de restitución (Mateo 3.8). Es el mandamiento más difícil de la Biblia.⁵ Es evidente que se trata de un paso separado del plan de salvación, evidente por el hecho de que uno puede tener fe sin estar arrepentido (Santiago 2.18–20). Los demonios creen, pero ellos no cambian su forma de pensar, ni su conducta: no se arrepienten. La palabra «arrepentirse» (del latín *repenitere*, «estar triste») no es una buena traducción de la palabra que usa el Espíritu Santo (la palabra griega *metanoeson*, «cambiar de mentalidad, cambiar el rumbo de la mente»). Se necesita más que tristeza para llevar a cabo una *metanoia*, un verdadero arrepentimiento.

El quinto paso consiste en una inmersión en agua (Hechos 10.47–48). Por sí solo, el bautismo no tiene valor, ni siquiera para lavar la suciedad del cuerpo (1ª Pedro 3.21). En el plan de Dios, no obstante, es sumamente importante. Del bautismo depende que uno esté en Cristo o fuera de Cristo (Gálatas 3.27), en el cuerpo o fuera del cuerpo (1ª Corintios 12.13). Sin el bautismo no hay perdón de pecados (Hechos 2.38), pero por la obediencia a este mandamiento es purificada el alma (1ª Pedro 1.22). Sin la inmersión, uno no ha llevado a cabo el nuevo nacimiento (Juan 3.5). Este lavamiento de regeneración (Tito 3.5) debe nacer del corazón (Romanos 6.17); de otro modo sería legalismo hipócrita y nada más que una zambullida. El bautismo es el límite entre el mundo y la iglesia. Es el transitar de la potestad de las tinieblas al reino del amado Hijo de Dios (Colosenses 1.13). El bautismo es tan importante que ningún ejemplo de Hechos muestra a nadie, que habiendo llegado a tener fe en Cristo, se tomara el tiempo para comer y beber antes de ser sumergido. El bautismo se llevaba a cabo en el mismo momento que alguien llegaba a ser creyente, incluso a media noche (Hechos 16.33). No era a los cristianos a los que se bautizaba, sino a los pecadores. El bautismo era lo que hacía de las personas cristianos.

Los cinco pasos que deben llevar a cabo los pecadores en el plan de salvación, no son obras de mérito. No hacen que uno gane la salvación. La sangre del Señor es lo único que puede lavar los pecados (Apocalipsis 1.5, 5.9–10), pero esa sangre no lava los pecados sino hasta que el pecador cumple todos los cinco pasos de obediencia (vea Hechos 22.16). Los predicadores que menosprecian el plan de cinco pasos, o que omiten alguno de estos, no están anunciando todo el consejo de Dios,

sino que están llevando a la gente por mal camino.

La iglesia

Cerca del 62 d. C., Pablo escribió una carta a la iglesia que estaba en Éfeso. Esta epístola debió de haber sido grandemente estimada, y celosamente guardada. No hay duda de que se mantuvo en alguna especie de biblioteca de la iglesia, y de que estuvo allí para que Timoteo la estudiara cerca del año 63 d. C., para llegar a ser predicador local. Quienquiera que leyera esta carta llegaría a la conclusión de que, a juicio de Dios, la iglesia es importante. Las palabras de Pablo presentan la iglesia como una institución que fue concebida desde la eternidad (Efesios 3.11) para que fuera la esposa de Cristo (Efesios 5.25–26). Después de estudiar la carta, y de ser exhortado a predicar la Palabra, un predicador como Timoteo estaría rebosante de pensamientos que magnificaran la iglesia de Cristo. Ninguno que predique la Palabra puede minimizar la iglesia.

En vista de que Cristo vendrá otra vez a salvar Su iglesia (Efesios 5.23), un predicador que ama a la gente hará todo lo posible por motivar a los demás a vivir y a morir dentro de la iglesia. Es cierto que la iglesia por sí sola no puede salvar. Jesús es el Salvador, y la iglesia está compuesta por los salvos. Día tras día, cada pecador que obedece los cinco pasos del plan de salvación, llega a ser una persona salva, y el Señor lo añade a ese grupo de personas que han hecho las mismas cosas (Hechos 2.47). Los que permanecen fundados y firmes en la fe, sin moverse de la esperanza del evangelio, serán llevados al cielo cuando el Señor regrese algún día (Colosenses 1.23).

En el Nuevo Testamento, al grupo de las personas salvas se lo asemeja con el rebaño de Cristo (Juan 10.16), con el cuerpo de Cristo (Colosenses 1.13), con el reino de Cristo (Colosenses 1.13), y con la familia de Dios (Gálatas 3.26; Romanos 8.29). Desde un punto de vista bíblico, el número de iglesias propiamente dichas (no de congregaciones en particular) que existen, equivale al número de «rebaños de Cristo», y de «cuerpos de Cristo», y de «reinos de Cristo», y de «familias de Dios» que se encuentran por todo el mundo. Hay muchos miembros de la iglesia del Señor que están dispersos por todas las naciones, pero el cuerpo es uno solo. (Vea 1ª Corintios 12.20.)

La iglesia neotestamentaria es una institución que no tiene nombre. De las 112 veces que se menciona la palabra «iglesia», o «iglesias» en la Biblia inglesa, noventa y cinco veces se la llama a esta simplemente «iglesia», o «iglesias». Doce veces

se la llama «la iglesia de Dios», una frase que indica pertenencia. Una frase parecida, «iglesias de Cristo», aparece una vez (Romanos 16.16). Una vez Jesús la llamó «mi iglesia» (Mateo 16.18). Las descripciones de las clases de personas que componen su membresía (gentiles, santos, primogénitos) dan cuenta de las otras tres veces que ocurre la palabra (Romanos 16.4; 1^{era} Corintios 14.33; Hebreos 12.23). A la iglesia no se le da ningún nombre. Al darle nombre, uno la denomina. Los miembros en particular llevan el nombre de Cristo (1^{era} Pedro 4.16), el nombre «cristiano»; sin embargo, los autores neotestamentarios jamás designaron Su iglesia como la Iglesia Cristiana. Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios (1^{era} Pedro 4.11). No se deben usar expresiones tales como «congregaciones Iglesia de Cristo», ni «predicadores Iglesia de Cristo», ni se debe decir «yo soy Iglesia de Cristo». Procuremos «pureza de labios» para que podamos servirle [a Jehová] «de común consentimiento» (Sofonías 3.9).

La adoración

El hombre de Dios debe acatar el encargo de predicar la Palabra acerca de la adoración. Debe saber que hay cuatro clases de esta: adoración ignorante, adoración vana, adoración voluntariosa y adoración verdadera. El que venera imágenes e ídolos (Hechos 17.22–23; 1^{era} Corintios 8.5–6) adora en ignorancia. Incluso el que venera al Dios que se debe adorar podría, sin embargo, estar adorando en vano (Mateo 15.9). Jesús definió la adoración en vano como el obedecer doctrinas y mandamientos de hombres. La gente ha pretendido en vano adorar por medio del lavamiento de manos, del lavamiento de pies, por medio de sumergir los dedos en recipientes de agua bendita y hacer la señal de cruz, por medio de postrarse delante de imágenes de María y de Jesús, por medio de la quema de incienso, del uso de instrumentos musicales, por medio de la danza y del fumado de marihuana. La adoración voluntariosa expresa firme determinación de abstenerse de ciertos alimentos, o disciplina para sufrir azotes; sin embargo esta no es la adoración que el Señor desea (Colosenses 2.20–22). La verdadera adoración tiene dos elementos: debe hacerse con el debido espíritu, y debe hacerse en verdad (Juan 4.24).

La adoración según la verdad equivale a adoración según la Palabra (Juan 17.17). La Palabra ordena solamente cinco acciones de adoración (Hechos 2.42; Efesios 5.19). Estos son la lectura de la Palabra (Colosenses 4.16), la ofrenda de los propios recursos de uno (2^a Corintios 9.7), el

partimiento del pan (1^{era} Corintios 11.23–26), la oración (1^{era} Timoteo 2.1) y el canto (Efesios 5.19; Hebreos 13.15). ¡Cuando la verdad se define como «sinceridad» y no como «lo que está contenido en la palabra de verdad», cualquier doctrina de hombres llega a ser aceptable! Cualquier enseñanza podría ser seguida sinceramente por el que no conozca las verdaderas enseñanzas de Dios. En vista de que las doctrinas de los hombres son vanas en la adoración (Mateo 15.9), el significado de la palabra «verdad» de Juan 4.24, debe restringirse a lo que se encuentra escrito en la palabra de verdad (Juan 17.17).

La adoración en el debido espíritu, nos libra del servicio que es de labios solamente (Mateo 15.8), ya sea en la lectura de las Escrituras, o en la oración, o en el canto (1^{era} Corintios 14.15). El que no discierna el cuerpo del Señor cuando participa de la Cena del Señor, no puede estar adorando con el debido espíritu; sino que está comiendo y bebiendo juicio para sí (1^{era} Corintios 11.27–29). El que haga ofrendas de dinero que no son resultado de propósitos del corazón, bien haría en quedarse con su dinero (2^a Corintios 9.7); el que así hace no está adorando en el debido espíritu.

El predicador de Dios que es fiel al encargo de Pablo, le hará ver claramente al pueblo, que el culto a cualquier supuesta deidad, es inaceptable, y que cualquier adoración no autorizada, aunque ofrecida al único y verdadero Dios, tampoco es aceptable. Dios mismo será quien juzgue entre la adoración verdadera y la falsa.

La familia

El deseo del santo Padre de que haya «una descendencia para Dios» (Malaquías 2.15) lo llevó a hacer una esposa para Adán y un esposo para Eva. Dios aborrece el divorcio (Malaquías 2.14–16). Una pareja está sometida a una unión tan firme, que para Dios solo hay un pecado suficientemente malo para permitir el pasar a tener otro cónyuge (Mateo 19.9). Ni siquiera los golpes, ni la borrachera, ni la incompatibilidad, ni el abandono son causa suficiente para dar comienzo a otro matrimonio. El que es fiel al encargo de Pablo en el sentido de predicar la Palabra, censurará la práctica de consentir matrimonios no bíblicos.

Cuando una pareja vive en adulterio, el bautismo no santifica el pecado. Quien se case con la persona que haya sido repudiada por haber cometido fornicación, comete adulterio juntamente con esta. El que haya niños de por medio o no, y el que hayan sido hechos los votos matrimoniales antes o después del bautismo, no hacen que cambien

las leyes de Dios sobre el matrimonio. Dios ha determinado que la fornicación es digna del lago de fuego (Gálatas 5.19-21; Apocalipsis 21.8). Que no se les ocurra a los hombres de Dios torcer la palabra de verdad para hacer que esta se adapte al deseo de cualquier ser humano.

El celo

El encargo de predicar la Palabra no puede ser cumplido por un predicador que, aunque se adhiere estrictamente a las leyes del Señor sobre el matrimonio, sobre el plan de salvación y sobre cualquier otro punto de doctrina, no es capaz de entusiasmar a cristianos perezosos a trabajar con celo constante (1^{era} Corintios 15.58). El hombre de Dios debe hacer vívida las náuseas, la enfermedad estomacal, que un cristiano tibio hace que Jesús sufra (Apocalipsis 3.16). Al que sabe hacer lo bueno, pero no lo hace, le es pecado (Santiago 4.17). De hecho, a los que tienen celo, aunque carezcan de conocimiento, les irá mejor el Día del Juicio que al que tiene conocimiento, pero no tiene celo (Lucas 12.47-48). «Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos» (Efesios 5.14).

CONCLUSIÓN

Ningún desafío que alguna vez se haya dado, es más importante que el que dio Pablo a Timoteo, cuando le dijo: «Que prediques la palabra». ¡Que Dios nos ayude a cada uno de nosotros a 1) creer en la Palabra, 2) a obedecer la Palabra y 3) a propagar la Palabra!

¹ Especialmente es así, si uno considera cierto el relato que hizo Crisóstomo acerca de que Pablo convirtió a Cristo a una hermosa amante de Nerón. «Cuando ella rehusó reanudar la poco santa alianza, el furioso tirano descargó su venganza sobre el apóstol e hizo que lo sentenciaran a muerte». (David Smith, *The Life and Letters of St. Paul [Vida y cartas de San Pablo]* [New York: Harper & Bros., s. f.], 639).

² Las ediciones con letra roja dan la impresión de que «las palabras de Cristo son las que se presentan en rojo», cuando en realidad *todas* las palabras de la Biblia han sido dadas por Cristo.

³ Esta es la postura de la versión Douai, una traducción católica producida por un equipo de eruditos de Oxford en el Douai College, en Flanders, en 1568.

⁴ Hay varias profecías especiales que se consideran en los artículos «Profecías de la Biblia» y «Profecías mesiánicas».

⁵ Este pensamiento se hace evidente en J. W. McGarvey, «Repentance» («El arrepentimiento»), en *McGarvey's Sermons* (Delight, Ark.: Gospel Light Publishing Co., 1975), 97-98.

©Copyright 2003, 2006 por La Verdad para Hoy
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS